

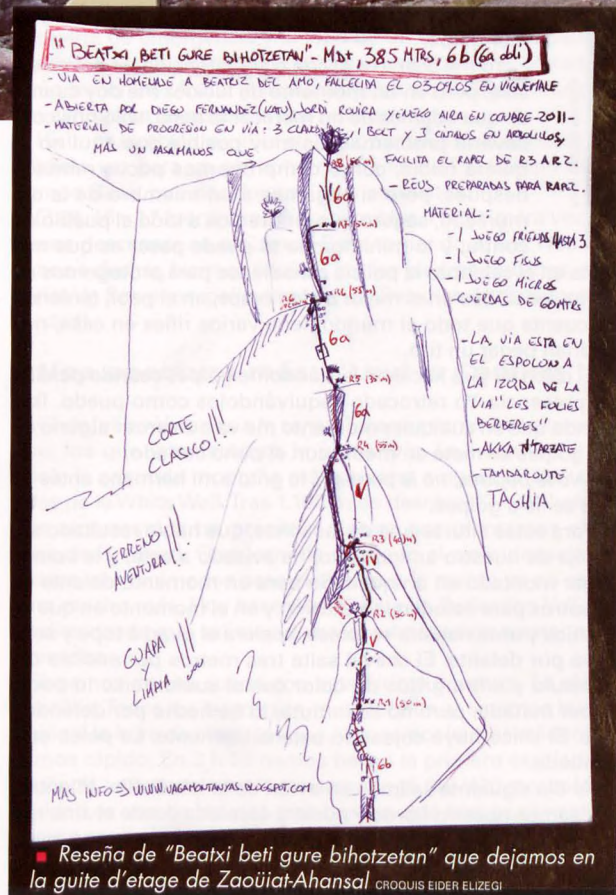


Eider Elizegi Telletxea

BEATXI BETI GURE BIHOTZETAN

Akka N´Tazarte (Taghia), Marruecos Octubre de 2011

MARRUECOS



Reseña de "Beatxi beti gure bihotzetan" que dejamos en la guite d'etage de Zaoüiat-Ahansal CROQUIS EIDER ELIZEGI

1 Arrancar

Arrancar y partir es una manera de dejarlo todo atrás y empezar; sumergirse poco a poco en el ritmo propio y autónomo del viaje, de los kilómetros que pasan de largo al otro lado de la ventanilla transmutando lentamente al mundo en

■ Caminando hacia Taghia. Al fondo, las paredes de caramelo FOTO EIDER ELIZEGI

algo nuevo y distinto. Bienvenidos, os llevamos de viaje con nosotros. Vuestros compañeros de aventura somos Eneko, Alba, Katu, Jordi y yo misma. Acomodaros en una de las dos furgonetas: aunque van cargadas hasta arriba de cacharros, cuerdas, mochilas y cervezas, hay sitio para vosotros. Poneos cómodos: nos aguardan un montón de kilómetros hacia el sur.

Cruzamos el estrecho. Y atravesamos la muralla atroz con cenefa de alambrada espinosa, franja hormigonada y foso lleno de fusiles que constituye la frontera: para nosotros, un papeleo más o menos engorroso; para otros, la vida. Entera. Ganar o perder. Vivir o morir. Cruzamos. Marruecos: distinto nombre, misma Tierra.

Y continuamos hacia el sur comiéndonos los kilómetros sin pan y con los ojos muy abiertos. Las carreteras se vuelven cada vez más irregulares, más bacheadas, más desordenadas. Los carriles se estrechan y la línea continua pierde significado. Conducir se convierte en un concurso de descaro, osadía y temeridad para seguir recorriendo el mapa a base de pitidos y volantazos.

Finalmente el asfalto desaparece y nos adentramos en pistas interminables. Bache a bache, socavón a socavón, chirrido a chirrido, nos colamos entre las arrugas del Atlas y sus Montañas desabrigradas, descascarilladas, huérfanas de bosque. Conducimos hasta donde ya no se puede seguir conduciendo: Zaoüiat-Ahansal.

Bajo la supervisión de la abuela de la casa, que nos vigila desde el tejado, negociamos con Mohamed el precio de las cuatro mulas que aplastamos con el peso de todo el material, y seguimos a pie animados por las canciones que ondulan las voces de los arrieros.

Por fin, cuatro días después, alcanzamos Taghia, ¡salama-leikun!, rocas pintadas con acuarela, ¡aleikunsalami!, y lluvia: claro, no podía faltar la lluvia, viajamos con Katu, el encantador de nubes.

2 3 de septiembre de 2005. Pared Norte del Vignemale

Eneko escala el sexto largo de la clásica por la norte del Vignemale mientras Bea le asegura desde la reunión anterior. Quedan muy abajo ya el viaje en coche, el vivac, el madrugón para adentrarse en la oscuridad de la noche; el amanecer desaliado durante la dura aproximación, los primeros largos superados. Ninguno de los dos sospecha que no llegarán a la cima.

Un instante. Buscando el siguiente paso, Eneko alarga la mano y se coge de un cazo. Invierte todas sus fuerzas y consigue encaramarse a un resalte. En cuanto apoya el peso de su cuerpo en él, sus huesos perciben un temblor, un chasquido, un movimiento: el bloque al que se ha subido cede y cae. Mientras Eneko vuela unos metros y se lastima el tobillo en la caída, el bloque revienta estallidos hacia el fondo del abismo y elige, de entre todos los lugares por los que puede caer, precisamente la reunión desde la que asegura Bea.

Después, silencio. Ciénagas que devoran los recuerdos. El dolor lo ensucia todo y arrastra la respiración: ya no se puede

■ *Katu asciende por un diedro* FOTO JORDI ROVIRA

seguir viviendo. Pero manos: manos y amigos que están, abrazan y empujan. Y así volver, volver a escalar. Al principio todas las rocas son de gelatina y se mueven y quieren matar. Pero poco a poco la solidez regresa al interior de las superficies y el aire vuelve a hinchar la piel y los pulmones.

3 Reubicar un sueño

Hace años, durante su visita a Taghia, Eneko y Katu tomaron una foto de un espolón que los había cautivado. Desde entonces han mirado esa imagen un millón de veces, hasta decidir que la pared que Eneko lleva tanto tiempo buscando para plasmar en ella su homenaje a Bea, se halla en este espolón y se llama Jbel Bou.

En una de las *gite d'étape* de Taghia, unos escaladores nos explican que adentrarse por el cañón es complicado, que hay que acerar en varios pasos para superar unos bloques enormes que ciegan el cauce seco. El peso del material (parabolts, cacharros, tiendas, agua, comida...) que vamos a necesitar nos disuade. Necesitamos encontrar otro camino. Así que llenamos las mochilas con parte del material y partimos a pie con la intención de rodear las Montañas que perfilan el cañón para bajar de nuevo a sus estrecheces desde el otro lado. 1.200 metros de desnivel más arriba, por fin alcanzamos el collado que nos permitirá girar y comenzar a descender hacia el cañón. Frente a nosotros se desparrama una extensión interminable que contiene olas de tierra, espumas de hierba y montañas semidesérticas en las que sólo destaca un campamento de nómadas. Y abajo, al fondo, nuestro cañón. Descendemos un poco hacia la otra vertiente. Desilusionados, nos resignamos a aceptar que el acceso es, además de largo, impracticable: la ladera se cuelga sobre un cortado insalvable.

De nuevo en el collado para regresar hacia Taghia, examinamos el paisaje de alrededor. Las faldas de las montañas de enfrente, que se extienden llanas sin prisa por llegar al valle, se cortan en un barranco de paredes verticales. Desde aquí, el cañón de Akka N'Tazarte pinta como un Ordesa a lo bereber y casi virgen.

Sin dudarlo y con la ilusión restablecida, al día siguiente volvemos a cargar todo el material en burros, y partimos. Abandonamos Taghia y nos adentramos en el cañón solitario. El camino es complicado: de vez en cuando hay que apartar un árbol o sujetar a los burritos para que no se caigan por las laderas inestables.

4 Golosinas

"Siempre tenemos la sensación de llegar a los sitios con cincuenta años de retraso porque nos encontramos con que las líneas evidentes ya han sido abiertas"- se maravilla Katu mirando hacia arriba. Y sin embargo aquí, ahora,...

Las paredes del cañón se alzan como un surtido infinito de diedros, fisuras, chimeneas y placas que nunca han sido explorados por ninguna mano humana.

Entre todas las rocas resalta un espolón que se estira hacia el fondo del valle ofreciendo la pared más larga y majestuosa de todo el cañón: ¡ésta es la nuestra!



5 Caliza de caramelo

Se acerca a la pared y posa las manos sobre ella. Después, delicadamente, adhiere los pies a la roca. Como si tuviera ventosas en los dedos o alas invisibles en la espalda, se mueve por la vertical con elegancia de reptil. Baila movimientos fluidos y gestos continuos y lentos como de aire, de aroma, de serenidad acompañada por una sabiduría mineral que le inunda los dedos de las manos y de los pies, la mirada y la respiración. Eneko es una lagartija. Su cuerpo sabe la roca, conoce la verticalidad, se entiende con la fuerza de la gravedad, y baila con la piedra un vals elegante que hipnotiza.

Sube, sube y sube por el diedro, y por fin se detiene debajo de un pequeño desplome a meter un clavo. El hierro canta toda la escala musical. Y Eneko sigue subiendo.

Cuando alcanza la reunión nuestra emoción contenida nos permite volver a respirar. Este momento ha sido el centro de nuestra ilusión durante varios años; ahora, por fin, Eneko está empezando a escalar su vía.

6 Lluvia, sol, clavos y cacharros

Durante tres días, Eneko, Katu y Jordi se relevan en su recorrido vertical buscando diedros e inventándose una vía hacia el lejano árbol que se recorta contra el azul saturado del cielo. Uno de ellos abre un largo mientras el otro le asegura; el tercero escala por la cuerda fija y limpia la pared de piedras, material y bloques dudosos. Apenas ensucian la pared de parabolts.

Mientras se abren camino hacia las alturas, comidos por la lejanía y la inmensidad de la pared, desde el suelo se les ve cada vez más pequeños. Los absorbe la soledad pacífica del cañón. A ratos, por encima del silencio, les llega la voz de un solitario pastor de cabras que reza y canta, y le responden. Después se reconstruye el silencio espeso que se bebe sus

■ Eneko estrenando el primer diedro
FOTO EIDER ELIZEGI



■ Nos rendimos: es imposible llegar a la base del espolón (Taghia)
FOTO EIDER ELIZEGI

resoplidos, sus conversaciones y los tintineos del material que cuelga de sus arneses. Los diedros se suceden unos a otros. A veces les muerden las manos con sus bocas entreabiertas llenas de hileras de colmillos. Otras cierran los labios y se ofrecen más lisos. La roca se mantiene adherente, naranja y abrasiva en todo momento.

Cada tarde bajan de la tapia con las manos más arañadas y los ojos más ilusionados. El tiempo transcurre afilado por





■ **Katu asegura.** Al fondo, el cañón de Akka N'Tazarte
FOTO JORDI ROVIRA

el frío. Recogemos agua en una fuente que babea lentamente a unos quince minutos de nuestro campo base, pero se nos está acabando la comida. Por las noches la lluvia nos acorrala al interior mojado, claustrofóbico y desordenado de nuestras tiendas de campaña. A veces la oscuridad nos regala un rato de humedad sin aguacero rociada de estrellas, y entonces nos dejamos hipnotizar por las llamas de la hoguera que encendemos con la leña recogida a lo largo del cañón.

Pero durante la mañana del tercer día la niebla devora el valle y se traga a los chicos, que escalan ya el hombro de su trazado. Lluvea a mares. La pared, empapada, destila sinietros destellos negros que brillan como barniz, pero no resbala. Regresan empapados al mundo horizontal. Parece que ya nunca amainará.

7 Zoco y hospitalidad

Decidimos regalarnos un día de fiesta. Tras más de dos horas de caminata primero por el cañón, y después por el camino bereber, llegamos por fin a Zaouïat-Ahansal. Lunes: día de zoco.

Para los bereberes, el mercado es una excusa para el encuentro, los paseos de la mano del amigo, las confidencias, los diálogos. El regateo es un pretexto para charlar, para ponerse al día, para exiliarse por un rato del aislamiento al que los somete la dispersión en esta tierra dilatada. Nuestra presencia no los incomoda y siguen con sus costumbres, sin dejar de posar sonrientes frente a la cámara.

Cansados y amenazados por un cielo ennegrecido y oscuro, caminamos de regreso hacia el cañón con las mochilas llenas de comida. Al dejar el sendero que conduce a Taghia para encaminarnos hacia Akka N'Tazarte, pasamos por Tamarote, un cúmulo de cuatro casas en las que vive una familia amazigh. La hospitalidad marroquí tiene forma de tetera: Touda, la mujer de la casa, nos invita a su hogar y nos agasaja con una infusión humeante y azucarada. Nos abre las puertas, nos muestra su forma mineral de vida. Finalmente la tormenta llega aderezada a raudales con lluvia y nos convence para que nos quedemos a cenar y a dormir en casa de Touda. La lluvia lo empapa, lo ahoga todo, incluido el material que espera en la pared. Nunca va a parar y el invierno aguarda ya impaciente en el quicio de la puerta.

8 Sol, alegría y paz

Pero la mañana amanece cargada de sol: hoy es el día.

Con ilusión y ganas de acabar, los chicos escalan los largos que, de tantas veces recorridos, se saben de memoria y se sitúan muy arriba en la pared. Eneko devora con rapidez el último largo. El árbol o punto final queda ya a su alcance. Se emociona. Nos emocionamos todos. Cinco años de sueños. Cinco años de aprender otra vez a escalar a base de luchar contra el miedo. Cinco años de superación de lo imposible.

Enlaza por fin el tronco grueso de la sabina que delimita la frontera de lo vertical con lo horizontal. Se asegura. Ya está. Esta vía es un regalo para Bea. Y también un homenaje a todos los escaladores anónimos que, igual que ella, dejaron la vida en las rocas que entrañaban su máxima pasión. A todos los montañeros que nunca salen en las revistas pero que han amado a la Montaña hasta el punto de dejar su vida en ella. Como si lo acogiera en su regazo, el cañón absorbe en su eco el grito de agradecimiento de Eneko: "¡POR BEEEEEEEEEE! ESKERRIKASOOOOO!"

9 La vía de los 300

A pesar del cansancio y la escasez de comida, sobran fuerzas, ganas y parabolts, así que los chicos regresan a la pared.

Una vez superado el zócalo plaquero de la tapia, Katu incrusta manos y pies en la fisura vertical inaugurando un camino nuevo hacia las nubes. Después, se desloma colgando del arnés mientras asegura a Jordi, que avanza en artificial a través de los cacharros con los que adorna la roca, hasta que los coloca todos y se le acaban.

Al día siguiente Eneko y Jordi acaban la vía. La vía de los 300. La vía de todos los que, comprando camisetas y mandando fuerzas desde la distancia, han hecho posible el viaje, la apertura de *Beatxi beti gure bihotzetan* y el grito de felicidad que Eneko soltó cuando alcanzó el árbol de la cima del espolón. □

Beatxi beti gure bihotzetan.

385m.
6b obligado.
MD+.

Apertura: por Eneko Aira, Diego Fernández Galindo, Jordi Rovira, en octubre de 2011.

Material: 16 cintas express, juego de friends, mirofriends, juego completo de fisureros.

Las reuniones se encuentran equipadas (2 parabolts o un parabolts+árbol) 3 pitones y un parabolts en la vía.

Descenso: La vía se puede rapelar (R3 hacia la izquierda (este) hasta un pasamanos que conduce a R2).

Horarios: 30 minutos de aproximación desde campo base. 8-10 horas para la vía. 2-3 horas de descenso.

Aproximación: 3h desde Zaouïat-Ahansal.

30 minutos hasta pie de vía: señalamos el camino, aunque dada la inestabilidad del terreno los hitos se han podido desmoronar. De todas formas, el espolón resulta fácilmente reconocible y hay un cordino en el primer clavo (15-20m del suelo)

Logística: Conviene llevar la comida desde abajo. En Zaouïat hay dos Gite d'étape y un par de tiendas donde no hay de todo. Cada lunes hay zoco y se encuentra casi de todo.

La familia que vive en Tamarote es muy acogedora y cuenta con una habitación para los invitados. No hay problema para pedirles té con pan, cena o desayuno.

Campo Base: es recomendable establecerlo más arriba que el campo que se sitúa en el cauce del río, al lado de las cuevas habitables. Desde este campo base, subiendo unos 100m de desnivel por el cañón perpendicular a Akka N'Tazarte, y cruzando el barranco por encima de la cueva del pastor, se encuentra un charco de agua que se alimenta de una surgencia.

Advertencias especiales: cuidado con los escorpiones (y las víboras): debajo de cada piedra se esconde al menos uno.

Eider Elizegi Teletxea
www.eiderelizegi.com
eider.elizegi@gmail.com